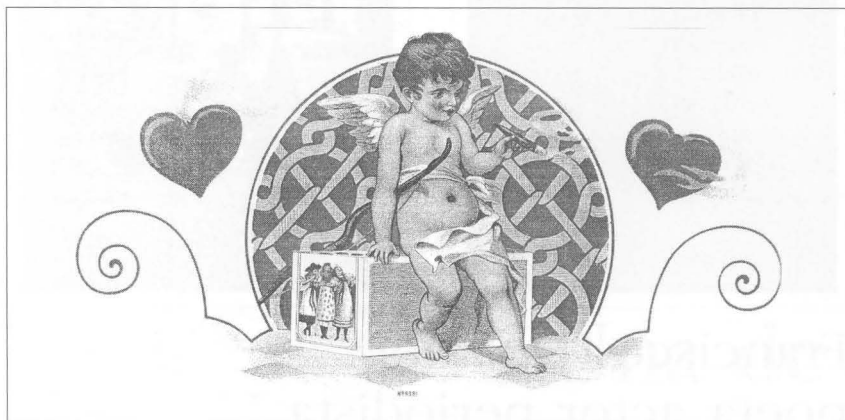


Aurea

Bibliographica



Un singular mundo de papel impreso

La memoria de las emociones es la imagen de una imagen, pero hay parcelas de nuestros recuerdos que son una silueta de papel. (Impreso.) Atada a cualquier evocación aparece la bruma de una hoja, el silencio de una página o el destello fugaz de una portada; somos lo que hemos sentido y nuestro corazón se nutre de una sangre en forma de tinta. Y no se trata de un hueco gris donde habita la nostalgia, sino de la resurrección momentánea de una cartografía impresa que se ha quedado a dormir con la vida y que reaparece al tocar una luz cualquiera. Por nuestros ojos han pasado una enciclopedia de fulgores escritos, enmarcados por todos los colores posibles, tipografiados con todas las formas posibles y dibujados con todos los perfiles posibles; sima de veladuras que nos sugieren los instantes de nuestra propia biografía, atentos (siempre) para reconstruir cualquier sombra. Cerrar los ojos y mirar la infancia azul es vislumbrar los signos (sin aristas) de un instante de papel que se ha quedado prendido de las manos y que pervive en la imagen de su tacto. Impreso. Siempre impreso. (El manuscrito caligráfico una tiniebla difuminada por el ensueño de su límite perdido, se adhiere a un olor imposible de recuperar; es puro emblema de una foto velada por la luminaria de una onda gris. Reflejo de los rasgos de un reflejo, sin orillas ni albores.) Todavía, varias generaciones superpuestas en la existencia común, tenemos la memoria soldada en el papel; vamos respirando, a lo largo de la existencia, un halo discontinuo de aire impreso.

El pasado sábado, con el otoño madrileño doliente de su azul oculto, fui a ver la reciente exposición de la Biblioteca Nacional de España: *Ephemera. La vida sobre*



papel, cuyo catálogo reponía una parte la luz robada a la mañana [Madrid: Biblioteca Nacional, 2003, 4^o marquilla, 542 pp.+1 h.]. Desde una escenografía cristalina (y opaca) se invitaba a recorrer un laberinto vertical y cíclico, donde habían encerrado más de un siglo de memoria hispana grabada en papel, condenada a vivir su presencia en las vitrinas de su fulgor impreso. Un hilo de Ariadna temático (y no por ello aleatorio) guiaba los pasos del recuerdo a disposición de varias generaciones: asombrados (y aburridos) niños preguntando por la ausencia de Pokemon, arbitrarias jovencuelas reconociéndose el ombligo diario, curiosos maduros en busca de la lenta tarde del colegio (sin la noria) y severas terceraedades con la emoción resbalando por el esqueleto de la nostalgia.

Se trata de una selección de cerca de 750 obras, entresacadas de las más de cien mil que se conservan en los fondos de la propia Biblioteca Nacional de España, organizadas y dispuestas bajo la responsabilidad de Rosario Ramos Pérez, tutelar ángel de la guarda de este importantísimo conjunto; además, en cada entrada se añade una cuidadísima ficha que recoge la razón de ser de su historia y de su significado social. En sus orígenes provienen de diferentes Secciones de la propia Biblioteca: Dibujos y Grabados, Varios, Depósito General, Literatura Infantil... así como de la cuidadosa adquisición de ciertos ejemplares (cromos de Apeles Mestres, Librillos de Papel de Fumar, Paipáis publicitarios...) y, en menor medida, de las ocasionales donaciones de algunos particulares (Etiquetas de Leche Condensada de la Guerra Civil, Cajas de Cerillas, Juegos en cartulina...). La disparidad, pero también la riqueza histórica y testimonial de este tipo de colección,